

El galgo de la liebre; amará el oso
El mar profundo y el delfin los Alpes.

Aquí el original está traducido casi palabra por palabra, y sin embargo queda muy bien en castellano. No hay mas que las ligeras alteraciones de haber suprimido el epíteto de *timidas* que el Taso da á las liebres, y haber dado el traductor los de, *profundo* al mar, y *hambriento* al lobo; buenos epítetos para el fin que se propone el poeta.

Interrogacion.

Consiste en *hablar preguntando, no para que realmente nos respondan, sino para dar mas fuerza á lo que decimos*. Si á la pregunta añadimos nosotros la respuesta, se llama *subyeccion*.

De simples interrogaciones no es necesario citar ejemplos: á cada paso se hallan en todo género de escritos. De subyeccion puede serlo entre otros aquel pasaje de Ciceron, *pro Lege maniliá*, en que respondiendo al argumento, con que Catulo habia combatido la ley propuesta, á saber, que no convenia hacer novedades contra los antiguos usos; enumera por preguntas y respuestas todas las novedades que ya se habian hecho en otras ocasiones, y en favor del mismo Pompeyo. *Quid enim tam novum, dice, quam adolescentulum, privatum, exercitum difficili reipublicæ tempore conficere? Confecit, etc.* « Qué mayor novedad que la de que un jóven, y « entónces simple particular, levantara un ejército por su « cuenta y en tiempos tan difíciles? — Pompeyo le levanta « tó etc. »

Debe advertirse que algunos dan el nombre de *subyeccion* á una serie de pensamientos, en la cual cada uno de estos va acompañado de otro correlativo que le sirve de ilustracion ó de causal, ó contrasta con él bajo cualquier respeto que sea. Como esta forma es la que se emplea en los paralelos, citaré, porque es muy bello, el que Demóstenes hizo entre su vida pública y la de Esquines, en la famosa oracion *pro Coroná*. Dice así: *Fuiste maestro de niños, yo concurría á la escuela: fuiste ministro subalterno en las iniciaciones, yo era iniciado: fuiste danzante, yo costeaba las danzas: fuiste amanuense del secretario en las juntas públicas, yo era el orador que hablaba al pueblo: fuiste tercer galan, yo era espectador: hiciste mal tu papel, yo te silbaba: en el go-*

bierno del Estado tú has sostenido siempre los intereses de los enemigos, yo los de la patria. Se debe suponer que en el original, cuya enérgica concision es imposible conservar, tiene mucha mas gracia este pasaje:

CAPITULO IV.

DE LAS FORMAS QUE SIRVEN PARA PRESENTAR LOS PENSAMIENTOS
CON CIERTO DISFRAZ Ó DISIMULO, CUANDO ASÍ CONVENGA.

En las composiciones literarias, y hasta en la conversacion familiar, es necesario á veces hablar de objetos, ó torpes, ó asquerosos, ó ignobles en sí mismos, y de ideas que, si bien nada tienen de indecentes, no conviene por ciertos respetos que se enuncien directamente. En ambos casos, léjos de que debamos comunicar abierta y francamente los pensamientos, se hace preciso presentarlos con cierto disfraz y de una manera oblicua, que no dejando duda sobre su verdadera inteligencia, no muestre sin embargo los objetos en toda su deformidad, ó de un modo desagradable á los oyentes ó lectores. Hay tambien ocasiones en que al escritor le conviene llamar la atencion hácia alguna cosa de que entónces no trata; pero que tiene con su asunto cierta conexion que importa recordar ó hacer sentir como de paso. La naturaleza sugiere en todos estos casos ciertos rodeos é inocentes artificios para insinuar lo que no queremos decir abiertamente; y el hombre mas iliterato los está empleando toda su vida sin saber que son figuras de retórica, así como *el villano caballero* de Molière, hablaba prosa sin saberlo. Porque como ya he observado, las varias maneras que hay de presentar los pensamientos, maneras á las cuales se ha dado el nombre de *formas* ó *figuras*, por cierta analogía que tienen con lo que se llama forma ó figura de los cuerpos, no son invencion de los retóricos: son modificaciones del pensamiento, que resultan de su naturaleza, ó de la situacion moral y la intencion del que habla. Así en el caso presente los retóricos no han inventado las maneras oblicuas de comunicar los pensamientos; lo que han hecho, ha sido buscar nombres técnicos con que distinguirlas unas de otras, y hacer despues algunas observaciones sobre el modo de emplearlas. Estas observaciones pues son las que indicaré brevemente bajo los títulos en que se hallan distribuidas; pues aunque algunos de ellos no están muy bien escogidos, se hallan

en los autores, y es menester saber lo que significan. No daré sin embargo la lista de todos los que se leen en los tratados escolásticos : hablaré de aquellos solamente que designan ciertas maneras finas é ingeniosas de enunciar indirectamente los pensamientos.

Estas son llamadas *Alegoría*, *Alusion*, *Dialogismo*, *Dubitacion*, *Extenuacion*, *Parresia*, *Perifrasis*, *Pretermision* é *Ironía*.

Alegoría.

De esta volveré á hablar, cuando trate de las expresiones de sentido figurado ; pero aunque pertenece á estas, en cuanto se toman las palabras en una acepcion secundaria, es al mismo tiempo una de las maneras de presentar los pensamientos con cierto disfraz, y por consiguiente una de las formas que con esta mira podemos dar al discurso. La oda XIV del libro I. de Horacio *O navis* etc. es una bellísima alegoría en la cual, bajo la imágen de un bajel, hace ver el poeta á los romanos los males que les amenazaban, si Augusto dejaba el gobierno. Nuestro Francisco de la Torre tiene una bastante buena imitacion de ella en la suya que empieza : *Tírsis! ah Tírsis!* y merece ser leida ; pues aunque no llega á la perfeccion del modelo, no es de lo peor que hay en nuestro Parnaso. No trasladado aquí ni una ni otra, porque son demasiado largas ; y para ejemplo citaré otras mas cortas del mismo la Torre. En la oda que empieza, *Mira, Filis*, exhortando á esta á que goze de la vida mientras es jóven, funda sus consejos en varios símiles, y concluye así :

Agora que el oriente
De tu belleza reverbera, agora
Que el rayo trasparente
De la rosada aurora
Abre tus ojos y tu frente dora ;

Antes que la dorada
Cumbre de relucientes llamas de oro,
Húmeda y argentada,
Quede inútil tesoro,
Consagrado al errante y fijo coro :

Que apenas se restaura
El contento pasado,
Como el día de ayer y el no gozado,

Vendrá la temerosa
Noche, de nieblas y de vientos llena
Marchitará la rosa
Purpúrea, y la azucena
Nevada mustia tornará de amena.

Aquí hay varias alegorías ; pero no todas buenas. La contenida en la segunda estrofa, que en suma significa *antes que seas vieja*, es enteramente de mal gusto : 1.º porque llamar á una rubia cabellera *dorada cumbre de relucientes llamas de oro*, es impropio é hinchado ; y 2.º porque lo de que cuando ya esté *húmeda y argentada*, esto es, cana, quedará *inútil tesoro consagrado al errante y fijo coro* (el de las estrellas), es una estudiadísima y oscurísima alusion á la cabellera de Berenice trasformada en constelacion : alusion que pocos de los lectores entenderán. La de la última estrofa, la cual quiere decir, *vendrá la vejez, y marchitará la flor de tu belleza*, es bastante clara y natural, y está bien sostenida.

Alusion.

Consiste en llamar la atencion hácia alguna cosa que entonces no se nombra, lo cual se consigue empleando cierta expresion que indirectamente, y en virtud de la conexion de las ideas, excite aquella que se quiere recordar. Así cuando Cervántes dice que D. Quijote, hallándose ya al anochecer cansado y muerto de hambre, y mirando á todas partes por ver si descubria algun castillo ó alguna majada de pastores adonde recogerse y donde pudiese remediar su mucha necesidad, vió no léjos del camino una venta, *que fué como si viera una estrella que á los portales, si no á los alcázares de su redencion le encaminaba* ; alude manifiestamente á la estrella de los tres Magos. Cuando Fr. Luis de Leon en la oda XIII., hablando de lo peligroso que es mirar y escuchar á una mujer hermosa, dice así :

Si á tí se presentare,
Los ojos, sabio, cierra ; firme atapa
La oreja, si llamare ;
Si prendiere la capa,
Huye ; que solo aquel que huye, *escapa* :

en el *siprendiere la capa*, alude visiblemente á la historia del casto Josef. Nótese de paso qué mal efecto hace el juguetillo de voces *capa, escapa*, traído por el consonante.

Las alusiones pueden hacerse á algun pasaje de la historia

ó de la fábula, á hechos, usos, costumbres y dichos de los particulares, á sus nombres propios, y á una palabra, cualquiera que sea. Seria tan prolijo como inútil traer ejemplos de todas estas especies de alusiones; las ya citadas, que son relativas á hechos históricos, bastan para que se vea en qué consiste esta forma. Solo debo prevenir, que *en obras de estilo grave y elevado deben referirse á objetos nobles; que las que se refieren á nombres propios, y en general á las palabras, solo pueden entrar en las cartas y en composiciones ligeras y jocosas, como los epigramas;* y sobre todo, que *cualquiera que sea la alusion, y cualquiera que sea la obra en que se emplee, sea siempre clara y fácil de adivinar.* Contra esta regla importante pecan tambien frecuentemente los mas de nuestros poetas, los cuales, por ostentar erudicion, andan como á caza de remotísimas y oscurísimas alusiones. Acabamos de ver un ejemplo en la del bachiller la Torre á la cabellera de Berenice, y como ella pudiera acumular aquí millares; pero no es necesario. No hay mas que abrir por donde se quiera las obras de Lope, Balbuena, Quevedo, Calderon y otros, y se encontrarán á cada paso. Sin embargo, alguna vez tienen una que otra alusion feliz y bien expresada. Tal es esta de Lope en la *Jerusalen*, lib. XVIII:

No llora de Baldac sobre los rios
El cautivo Israel tristes memorias
De la dulce Sion, ni de que cuelgue
La lira al sauce el babilon, se huelgue.

Aquí, como que habla de Jerusalem, alude felizmente á las tiernas expresiones del salmo *Super flumina Babylonis*. Estos cuatro versos son hermosos; nada hay en ellos que sea falso, afectado ó de mal gusto: la alusion es noble y oportuna.

Dialogismo.

Consiste en *referir textualmente un discurso fingido de persona verdadera, pero viva, ausente ó presente, que habla con alguna otra, verdadera tambien y viva.* Si habla consigo misma, se llama *soliloquio*.

De una y otra clase hay un excelente ejemplo en aquel pasaje graciosísimo, en que Cervantes supone que D. Quijote, limpias ya sus armas, hecha del morrion celada, puesto nombre á su caballo, y confirmándose á sí mismo, se dió á entender que no le faltaba otra cosa sino buscar una dama de quien

enamorarse, y se decia á sí mismo: *Si yo por malos de mis pecados, ó por mi buena suerte, me encuentro por ahí con algun gigante, como de ordinario les acontece á los caballeros andantes; y le derribo de un encuentro, ó le parto por la mitad del cuerpo, ó finalmente le venzo ó le rindo; ¿no será bien tener á quien enviarle presentado, y que entre, y se hincle de rodillas ante mi dulce señora, y diga con voz humilde y rendida: Yo, señora, soy el gigante Caraculiambro, señor de la insula Mulindrania, á quien venció en singular batalla el jamas como se debe alabado caballero D. Quijote de la Mancha, el cual me mandó que me presentase ante la vuestra merced, para que la vuestra grandeza disponga de mí á su talante? Igualmente hermoso es el otro soliloquio que poco despues pone en boca de Don Quijote en su primera salida, cuando supone que por el camino iba hablando consigo mismo y diciendo: *¿Quién duda sino que en los venideros tiempos, etc.* Véase en el original.*

Tambien suele referirse al dialogismo, aunque en realidad es una especie de pretericion, el artificio de que á veces se valen los oradores, para decir ciertas cosas sin que parezca que las dicen; cuyo artificio consiste en que, aun hablando en su nombre, hacen el discurso hipotético, diciendo que si se hubieran hallado en tales ó cuales circunstancias, hubieran dicho esto ó aquello, ó que si se hallan, lo dirán; ó que lo hubieran dicho ó lo dirian, si no los hubiesen contenido ó contuviesen tales respetos etc. De esta especie de dialogismo, que es la mas fina y oratoria, tenemos un excelente ejemplo en la arenga que Livio pone en boca de Caton el censor, cuando se trató de revocar la ley dada durante la segunda guerra púnica, para que las matronas no pudiesen tener alhajas de oro y plata sino hasta cierta cantidad. Las romanas, que ya habian tomado el gusto al lujo, llevaban á mal esta prohibicion, y sabiendo que aquel dia se iba á tratar de si convenia ó no levantarla, pasadas ya las fatales circunstancias que la habian motivado, salieron de sus casas, y recorrieron las calles pidiendo á cuantos ciudadanos encontraban que revocasen la ley. Caton, que era consul aquel año, y al venir al foro, habia observado este escandaloso desorden de las matronas, dice, tocando este punto, en su elocuente discurso sobre que se mantenga la ley: *Nisi me verecundia majestatis, et pudoris singularum magis, quam universarum tenuisset, ne compellata à con-*

sule viderentur, dixissem: Qui hic mos est in publicum procurrendi, et obsidendi vias, et viros alienos appellandi? Istud ipsum suos quæque domi rogare non potuistis? Aut blandiores in publico, quam in privato, et alienis, quam vestris estis? Quamquam ne domi quidem vos, si sui juris finibus matronas contineret pudor, quæ leges hic rogarentur, abrogarenturve, curare decuit. « Si los respetos debidos á su dignidad y el temor de sonrojarlas, mas bien á cada una en particular que á todas en comun, no me hubiesen detenido, porque el pueblo no viese que el cónsul las reprendia, las hubiera dicho: ¿qué costumbres es esta de presentarse así en público, de llenar las calles, y de pararse á hablar con hombres que no son vuestros maridos? ¿No pudo cada una hacer esa misma súplica al suyo allá en lo interior de su casa? ¿O sois acaso mas afables en público que en secreto, y mas con los ajenos que con los propios? Sin embargo de que ni aun en vuestra casa, si las matronas se contuviesen dentro de los límites que las prescribe el pudor, debisteis curaros de saber qué leyes se iban á establecer aquí ó á revocar. » Esta es una manera muy fina de dirigir una amarga reprension á las romanas sin que parezca que lo hace; y por este ejemplo se puede conocer en qué consiste este artificioso fingimiento que, como se vé, es cosa muy distinta de la prosopopeya. Esta especie de pretericion y el dialogismo propiamente tal son de grandioso efecto en la oratoria, si se manejan bien y se emplean con la debida oportunidad.

Debe advertirse que, si el dialogismo es una figura particular en aquellas obras en que el autor habla siempre en su nombre, deja de serlo en aquellas en que él no habla nunca, como en las poesías dramáticas; ó él habla unas veces y otras los personajes que introduce, como en las mixtas. Lo mismo debe decirse de las obras didácticas ó filosóficas compuestas en diálogo, como las de Platon, Luciano etc.; pues en estas y en aquellas la forma general es el diálogo mismo. Tampoco hay verdadero dialogismo en las arengas directas ó indirectas que los historiadores ponen en boca de ciertos personajes, porque unas y otras, siendo lo que deben ser, se pronunciaron en realidad, á lo ménos sustancialmente.

Dubitacion.

Consiste en que la persona que habla, se manifieste du-

dosa sobre lo que debe hacer ó decir, cuando en realidad lo tiene ya resuelto; porque si verdaderamente está dudosa, no hay artificio ni disimulo, pues no hace mas que manifestar francamente lo que pasa en su interior.

Adviértase que como la duda real, esto es, la perplejidad é irresolucion sobre el partido que debe tomarse en alguna ocurrencia extraordinaria é imprevista, es efecto del estado de turbacion en que nos ponen las pasiones; debe mirarse la dubitacion como forma propia de estas, cuando se pone en boca de alguna persona que se introduce hablando por prosopopeya ó dialogismo, ó como personaje histórico; pero si habla el orador ó el escritor, es una verdadera ficcion de que se vale, para presentar su pensamiento con cierta disimulada finura, que le da mas fuerza.

No puede citarse mejor ejemplo de las primeras que el principio de la arenga que Livio pone en boca de Escipion, cuando, al hablar por la primera vez con los soldados que durante su enfermedad se habian amotinado y rebelado contra sus legítimos gefes, les dice: *Ad vos quemadmodum loquer, nec consilium, nec oratio suppeditat, quos, ne quo nomine quidem appellare debeam, scio. Cives? qui à patriá vestrá deciistis. An milites? qui imperium auspiciumque habuistis, sacramenti religionem rupistis. Hostes? corpora, ora, vestitum, habitum civium agnosco: facta, dicta, consilia, animos hostium video.* « Al hablar con vosotros ni rã zones encuentro ni palabras, pues ni aun sé cómo llamaros. Ciudadanos? habéis desertado de vuestra patria. Soldados? habéis faltado á la religion del juramento, nombrando otro general y militando bajo otros auspicios que los míos. Enemigos? reconozco en vosotros las personas, los rostros, el traje y el exterior de romanos; pero veo que los hechos, los dichos, los proyectos y la conducta son de enemigos de Roma. » Aquí hay al mismo tiempo una bellísima subyeccion. Cuando la dubitacion se prolonga bastante, como en este pasaje y en otro al principio de la segunda *Filípica* de Ciceron, el cual puede servir de ejemplo para las dubitaciones artificiosas, se llama en términos técnicos *suspension* ó *sustentacion*. Mas siendo imposible, y ademas inútil, determinar cuántas frases ha de tener una dubitacion para que se llame ya suspension, no me detendré mas en estas fruslerías escolásticas; y solo advertiré que, como las dubitaciones ó sustentaciones un poco largas son figuras de grande aparato, debe

usarse de ellas raras veces. Por regla general, *no teniendo que decir cosas extraordinarias ó inesperadas, es mejor no introducirlas*; porque no puede haber cosa mas ridícula que picar vivamente la curiosidad del auditorio ó del lector, para salir al cabo con una frialdad ó una cosa muy sabida.

Extenuacion ó atenuacion.

Consiste en rebajar artificialmente las buenas ó malas cualidades de algun objeto, no para que el oyente ó lector le tenga por tan pequeño como decimos, sino al contrario para que le aprecie en su justo valor, aun cuando nosotros se le representemos menor. Regularmente se hace sustituyendo á la afirmacion positiva la negacion de lo contrario: como si, para dar á entender á uno que *se le ama*, se dice que *no se le aborrece*; ó para llamarle *hermoso*, se dice que *no es feo*, y otras expresiones semejantes que ocurren con frecuencia aun en la conversacion ordinaria. En efecto, á veces la modestia, el respeto debido á los oyentes, y otras consideraciones nos obligan á emplear estas especies de fórmulas, de las cuales hago mencion por esto precisamente, porque son uno de los recursos que se pueden emplear para conservar la decencia en el estilo, ó lo que los antiguos llamaban el *eufemismo*, de que á su tiempo trataré; y tambien porque oportunamente introducidas tienen mucha gracia. ¡Cuánta no tiene, por ejemplo, el *Nec sum adeo informis*, de Virgilio!

Parresia

Consiste en aparentar que uno se excede diciendo alguna cosa, de que parece debia ofenderse aquel mismo á quien se habla. Se dice que esto ha de hacerse con fingimiento y estudio, porque si la libertad que uno se toma es franca y sencilla, no hay fingimiento ni disimulo, pues, como ya observó Quintiliano, ¿qué cosa hay ménos artificiosa ó disimulada que la verdadera franqueza? *Quid minus figuratum quam vera libertas?* Esta especie de ficcion se ve admirablemente en aquel pasaje de la oracion *pro Ligario*, en que Ciceron para excusar á su cliente de haberse quedado en Africa siguiendo al parecer el partido de Pompeyo, se acusa á sí mismo de haberle seguido tambien, acriminándose con la mayor fuerza, y privándose hasta de las razones que pudiera alegar en su favor, si fuese reconvenido. Le copiaré, porque es hermosísimo.

Dice así: *O clementia admirabilem, atque omni laude, prädicatione, litteris, monumentisque decorandam! M. Cicerone apud te defendit alium in eá voluntate non fuisse, in quâ se ipsum confitetur fuisse; nec tuas tacitas cogitationes extimescit, nec quid tibi, de alio audienti, de se ipso occurrat reformidat. Vide quam non reformidem: vide quanta lux liberalitatis et sapientie tue mihi apud te dicenti oboriatur. Quantum potero voce contendam, ut hoc populus romanus exaudiat. Suscepto bello, Cæsar, gesto etiam ex magnâ parte, nullâ vi coactus, judicio, ac voluntate ad ea arma profectus sum, quæ erant sumpta contra te.* « ¡Oh clementia admirable, digna de ser ensalzada con todo género de alabanzas, encomios, escritos y monumentos! Ciceron sostiene en tu presencia que otro no siguió un partido que confiesa haber seguido él mismo, y no teme lo que puedes pensar tú en lo interior del corazon, ni se acobarda considerando lo que al oírle hablar por otro, se te puede ocurrir sobre su conducta. Mira cuán léjos estóy de acobardarme por esta reflexion; mira qué confianza me inspiran, cuando hablo delante de tí, tu bondad y tu prudencia. Cuanto pueda, esforzaré la voz para que todo el pueblo romano oiga lo que voy á decir: César, emprendida la guerra civil y estando ya muy adelantada, fui yo de mi propia voluntad, por mi propia opinion, y sin que nadie me violentase, á unirme con el ejército que militaba contra tí. » El que sepa todas las circunstancias que concurrían en la causa de Ligario, conocerá cuán oportuna es esta especie de valentónada en boca de Ciceron, porque sirve para hacer resaltar todo lo ridículo y odioso de la acusacion intentada contra su cliente de que habia sido pompeyano, cuando lo habian sido tambien el mismo Tuberon que le acusaba y Ciceron que le defendia.

Perífrasis ó circunlocucion.

Consiste en *sustituir á una idea particular y circunscripta otra genérica y vaga; pero que, atendidas las circunstancias, dé á conocer suficientemente el pensamiento que se desea comunicar.* Se recurre á las perífrasis para disfrazar ideas desagradables ó ménos decentes, y para presentar con novedad las comunes y demasiado trilladas. Fuera de estos dos casos, es un verdadero defecto.

De las que á veces es necesario emplear para disfrazar ideas desagradables y suavizar lo que la expresion directa puede tener de duro ó chocante, hay un buen ejemplo en aquel pasaje de la oracion *pro Milone*, en el cual, debiendo Ciceron referir que Clodio habia sido muerto por los esclavos de Milon en la riña, en que casualmente se vieron empeñados con los de Clodio, y previendo que la confesion seca de *le mataron*, podria parecer demasiado dura, emplea una circunlocucion, que sin decirlo formalmente, lo da á entender con bastante claridad. *Fecerunt id*, dice, *servi Milonis, neque imperante, neque sciente, neque præsente domino, quod suos quisque servos in tali re facere voluisset.* « Hicieron los esclavos de Milon, sin que su amo se lo mandase, lo supiese, y ni aun lo presenciase, lo que cualquiera hubiera deseado que hiciesen los suyos en igual caso. »

De las perifrasis introducidas para ennoblecer ideas demasiado trilladas, ó evitar términos vulgares, habrá ocasion de tratar mas por extenso, cuando se hable de la diferencia entre el lenguaje poético y el prosáico. Mas, para que desde ahora se forme alguna idea de ellas, daré un ejemplo de Fr. Luis de Leon, en el cual se verán dos, una buena, y otra que no lo es tanto. Dice en la oda XII á D. Oloarte, intitulada *La noche serena*, estrofa XI y XII.

Quien mira el gran concierto
De aquestos resplandores eternos,
Su movimiento cierto,
Sus pasos desiguales,
Y en proporcion concorde tan iguales:

La luna cómo mueve
La plateada rueda, y va en pos de ella
La luz do el saber llueve,
Y la graciosa estrella
De amor la sigue reluciente y bella, etc.

Las expresiones notadas con bastardilla contienen dos perifrasis poéticas para designar los planetas Mercurio y Venus, la última es clara y de buen gusto, *la graciosa estrella de amor*; la primera, *la luz do el saber llueve*, es estudiada y oscura, y no sé cómo se le pudo escapar á Fr. Luis de Leon. ¿Qué quiere decir una luz *do llueve el saber*? ¿Ni cómo el saber puede llover en parte alguna, y mucho ménos en una luz?

Pretericion.

Consiste en *finjir que se pasa en silencio ó se omite alguna cosa que al mismo tiempo se está diciendo expresamente, ó á lo ménos con bastante claridad, y de un modo que, aunque indirecto, no deja duda sobre lo que se quiere dar á entender.*

Así Ciceron, *pro lege Maniliá*, teniendo que hablar de una gran derrota sufrida por las armas romanas en la guerra contra Mitridates, y presintiendo que á su auditorio no le seria muy grata una narracion circunstanciada de aquel desgraciado suceso, le pide permiso para pasarle en silencio, como hacian los poetas que celebraban las victorias de Roma; pero con una expresion indirecta, que al mismo tiempo ofrece el ejemplo de una buena perifrasis, dice lo bastante, para que se vea cuán grande habia sido la derrota padecida. *Sinite hoc loco, quirités, sicut poetæ solent, qui res romanas scribunt, præterire me nostram calamitatem; quæ tanta fuit, ut eam ad aures Luculli, non ex prælio nuntius, sed ex sermone rumor afferret.* « Permitid, romanos, que al llegar á este punto, haga yo lo que los poetas que celebran nuestras hazañas, y pase en silencio nuestra derrota; la cual fué tan grande que llegó á los oídos de Lúculo, no por algun aviso que recibiese del ejército, sino por el público rumor que circulaba en las conversaciones. » Esta circunlocucion quiere decir, que todos cuantos se hallaron en la batalla quedaron muertos ó prisioneros.

IRONÍA

Sus varias especies.

Consiste en *atribuir á un objeto cualidades contrarias á las que tiene; pero de modo que se conozca que no le convienen realmente, sino ántes bien las opuestas.* Esto se deja conocer por el tono de voz en el que habla, y por el contexto y demas circunstancias en el que escribe. La ironía toma diferentes nombres, segun el modo y la intencion con que se usa. Y aunque nada se hubiera perdido en que no se hubiesen distinguido tantas especies de ironía, dando á cada una un nombre particular, ya que estos existen en los libros, los recorreré brevemente, así para que no se extrañen cuando se encuen-

tren en los autores y se sepa lo que significan, como para que se entiendan tambien algunas palabras castellanas que corresponden á los términos de los retóricos.

1.º Si la ironía se hace dando á una cosa un nombre que, segun su rigorosa significacion, indica cualidades contrarias á las que realmente tiene, se llama *antifrasis*. 2.º Si consiste en fingir que se vitupera ó reprende á uno, para alabarle con mas finura, delicadeza y gracia; se llama *asteismo*, palabra que literalmente significa *urbanidad*. 3.º Si para burlarse de una cosa se usan tales expresiones, que tomadas segun suenan, no parezcan burlescas, sino verdaderas y serias; en suma, si la intencion de burlarse solo se deja traslucir, sin darlo á conocer claramente, se llama *carientismo*, palabra que significa *graciosidad*; porque en efecto es un modo muy gracioso y fino de ocultar uno su pensamiento, para no ser reconvenido. 4.º Si para hacer burla de alguno le atribuimos las buenas cualidades que nos convienen á nosotros y no á él, ó al contrario nos atribuimos nosotros las malas cualidades suyas; se llama *cleuasmo*, palabra que quiere decir *irrisión* ó mofa. 5.º Si no atribuyendo á otro nuestras buenas cualidades ó á nosotros las malas suyas, nos burlamos de él por cualquier otro medio picante y maligno; se llama *diasirmo*, palabra que etimológicamente viene á corresponder á la nuestra *silbido*, en el sentido en que tomamos el verbo *silbar*, cuando significa *hacer burla* de alguno. Sin embargo, la correspondencia no es exacta; y lo que propiamente corresponde al diasirmo es lo que llamamos *chanza pesada*, que son aquellas en las cuales por una maligna ironía humillamos la vanidad de alguno, recordándole cosas de que debe avergonzarse. 6.º Si la burla llega á ser un verdadero insulto, y ademas recae sobre una persona que no puede vengarse, porque está muerta ó moribunda, ó en un estado de afliccion y desgracia que mas merece compasion que desprecio; se llama *sarcasmo*, palabra que literalmente corresponde á nuestro *escarnio*. Esta ironía es la mas fuerte de todas, y solo puede ponerse en boca de un personaje bárbaro y brutal, ó bajo y vil, ó en alguno que se suponga arrebatado del mas ciego furor. 7.º Finalmente, cualquiera que sea el grado de mordacidad y acrimonia en la ironía, se llama *mimésis*, esto es, *imitacion* ó *remedo*, siempre que consiste en remedar el tono de voz, el gesto, la postura ó los movimientos y ademanes de alguno para ridiculizarle, refiriendo directa ó indirectamente un discurso suyo

verdadero ó fingido. Algunos ejemplos aclararán la diferencia entre todas estas clases de ironía.

Antifrasis.

Para entender bien en qué se fundan estas, que á primera vista parecen absurdas (porque en efecto ¿qué cosa mas absurda al parecer que dar á un objeto un nombre que indique cualidades diametralmente opuestas á las suyas?), es menester saber que los antiguos tenian á mal agüero dar á ciertas divinidades malélicas, ó encargadas de tristes ministerios, nombres que recordasen su malignidad ó sus desagradables ocupaciones. Por esta razon, como las furias eran segun su mitología las que atormentaban á los malos despues de muertos, y los agitaban aun en vida con terrores, sueños y visiones espantosas; en vez de darlas un nombre que indicase este funesto ministerio, las llamaban las *Euménides*, esto es, las *benévolas*, así como daban al barquero del infierno, siendo tan feo como nos le pintan los poetas, el nombre de *Caron*, que quiere decir *gracioso*. Por el mismo principio al mar Negro, cuyas orillas estaban habitadas por naciones bárbaras que degollaban á los extranjeros, si por acaso, ó ignorando la suerte que les aguardaba, aportaban á ellas, le llamaron el *Ponto-Euxino*, como si dijésemos, *donde los forasteros hallan buena acogida*. Todavía volveré á hablar de esta supersticion de los antiguos, cuando trate del *eufemismo*; pero sépase desde ahora que es muy importante tenerla presente, al traducir los autores griegos y latinos, porque si no, podemos hacerles decir cosas que en nuestra lengua sean un disparate, ó á lo ménos queden oscuras para casi todos los lectores. Nosotros tenemos tambien nuestras antifrasis, como cuando llamamos *pelon* al que no tiene pelo, y otras.

Asteismo.

Como las ironías de esta especie se extienden regularmente por todo un pasaje bastante largo, y ademas su uso es muy raro, no copiaré ninguna literalmente; pero para que se entienda lo que son; extractaré la que cita la *Enciclopedia*. Es una carta de Voiture al famoso Condé, entónces duque de Enghien, en la cual, dándole la enhorabuena de una victoria que habia ganado, le dice con festiva urbanidad, que *la gente*

está incomodada de ver que un jóven y novel capitán haya tenido tan poco respeto á unos generales antiguos y llenos de canas, que les haya tomado tantos cañones, y les haya hecho huir vergonzosamente, etc., etc. Puede verse en el artículo *asteismo* de la *Enciclopedia*, ó en las obras mismas de Voiture.

Carientismo.

El mejor ejemplo que puede citarse es una muy fina y aguda espuesta del Gran duque de Alba. Se habia dicho, y aun impreso, que en la batalla del Elba ganada por Carlos V, en la cual se halló el duque, se habia renovado el prodigio de pararse el sol como en los dias de Josué. Algun tiempo despues, pasando el duque por Paris, le preguntó el rey de Francia si habia habido tal milagro; y aquel, que al parecer no lo creía, no respondió directamente, pero lo dió á entender sin comprometerse: *Señor, respondió, yo estaba aquel dia tan ocupado con lo que pasaba en la tierra, que no tuve tiempo de observar lo que pasaba en el cielo.*

Cleuasma.

Virgilio suministra un buen ejemplo del primer caso en el libro xi de la *Eneida*, cuando Turno, en su respuesta á Dránces, atribuye irónicamente á este las hazañas que él habia hecho. Dice así:

*Proinde tona eloquio, solitum tibi; meque timoris
Argue tu, Drance, tot quando stragis acervos
Teucrorum tua dextra dedit, passimque trophæis
Insignis agros.*

Truena por tanto en elocuentes voces,
Como sueles hacerlo, y de cobarde
Me acusa, oh Dránces; puesto que tu diestra
De cadáveres teucros ese campo
Dejó sembrado, y tu valor publican
Erigidos en él tantos trofeos.

Del segundo tiene tambien otro en el lib. x, cuando Juno pregunta irónicamente, si ella habia sido causa de lo que precisamente era obra de Vénus, á quien hablaba, esto es, del robo de Elena.

Diasirno.

De esta clase es la respuesta que dió á Luis xiv. un embaja-

dor nuestro en ocasion en que aquel monarca le dijo muy acalorado, porque nuestra corte no accedia á sus propuestas: *Pues bien, yo iré á Madrid*, dando á entender que conquistaria la España. *No hay inconveniente*, respondió el embajador, en tono irónico y maliciosamente burlon: *tambien estuvo en Madrid Francisco I.* Lo cual era recordar á Luis xiv la prision de un predecesor suyo, suceso vergonzoso para la Francia.

Sarcasmo.

De estos hay varios en Homero y Virgilio, que es inútil copiar, porque no son para imitados. Estos dos grandes poetas, fieles pintores de las costumbres de sus personajes, ponen con mucha propiedad en boca de algunos de ellos amarguissimas y atroces ironías, con las cuales insultan á los enemigos que acaban de vencer. Mas, como esta costumbre de burlarse del enemigo muerto ó moribundo era todavía en aquellos siglos heroicos un resto de la primitiva barbarie, haria mal hoy el poeta que, tratando de guerras acaecidas en siglos mas civilizados, prestase á sus guerreros el lenguaje feroz y brutal de los héroes de la *Iliada*. En aventuras de los siglos caballerescos seria tolerable hasta cierto punto, porque las costumbres tenian todavía mucho de groseras; pero en los modernos seria impropio, y envileceria al héroe en cuya boca se pusiese.

Mimésis.

Ciceron las tiene muy graciosas, en Luciano las hay admirables, y en los poetas cómicos de todas las naciones son frecuentes; pero Cervántes nos ahorra el trabajo de buscarlas fuera de casa, porque en su *Quijote* se encuentran varias, las mas oportunas y felices que pueden desearse. Sirva por todas la que pone en boca de Sancho, cuando desengañados él y su amo de que eran de batanes los golpes que tanto miedo les habian causado (se entiende á Sancho, porque D. Quijote no le conocia), dice que este enmudeció y pasmóse de arriba abajo, y continúa: *Miróle Sancho, y vió que tenia la cabeza inclinada sobre el pecho con muestras de estar corrido. Miró tambien D. Quijote á Sancho, y vióle que tenia los carrillos hinchados y la boca llena de risa, con evidentes señales de querer reventar con ella; y no pudo su melancolia tanto con él, que á la vista de Sancho pudiese dejar de reirse. Y*

como vió Sancho que su amo habia comenzado, soltó la presa de manera que tuvo necesidad de apretarse las hijadas con los puños, por no reventar riendo. Cuatro veces sosegó, y otras tantas volvió á su risa con el mismo ímpetu que primero, de lo cual ya se daba al diablo D. Quijote; y mas cuando le oyó decir como por modo de farsa: has de saber, ó Sancho amigo, que yo nací, por querer del cielo, en esta nuestra edad de hierro, para resucitar en ella la dorada ó de oro: yo soy aquel para quien están guardados los peligros, las hazañas grandes, los valerosos fechos; y por aqui fué repitiendo todas ó las mas razones que D. Quijote dijo la vez primera que oyeron los temerosos golpes. Para conocer toda la gracia que tiene esta burla que Sancho hace de su amo, repitiendo sus palabras, imitando su tono de voz, y remedando su ademan, léase lo que antecede.

Estas son, entre las muchas figuras que han distinguido los retóricos, las que mas importa conocer para saberlas manejar, pues de su buen uso depende en gran parte la belleza del estilo. Para emplearlas con discernimiento y oportunidad, puede bastar lo que sobre cada una de ellas se ha dicho en orden á la situacion en que se debe suponer al que las usa; pero á mayor abundamiento añadiré algunas reglas generales.

1.^a En el uso de las figuras, es necesario atender siempre á lo que permiten ó no el genio de la lengua, y la práctica de los buenos escritores.

2.^a Han de ser oportunas, atendidas las circunstancias de persona, lugar, tiempo, situacion, etc.

3.^a Han de ser acomodadas al género en que se escribe, y al tono general y dominante de la obra.

4.^a Deben serlo igualmente al fin que se propone el que habla, es decir, que han de ser acomodadas para producir el efecto que desea.

5.^a Deben convenir sobre todo al pensamiento particular que se enuncia bajo aquella forma; esto es, deben presentarle con toda la claridad, fuerza, energia y gracia que sea posible.

6.^a Además es menester no repetir una misma muchas veces, porque la monotonía en las formas es una de las cosas mas fastidiosas y molestas para los lectores ú oyentes.

LIBRO III.

DE LAS EXPRESIONES.

Se llama expresion en general *la imitacion ó representacion de un objeto*; y contraida á la de los pensamientos por medio del lenguaje oral, se llama así *el signo total de una idea, ya conste de una sola palabra, ya de muchas*.

Las reglas para hacer una buena eleccion entre las varias que pueden ocurrirnos al tiempo de hablar ó de escribir, unas son comunes á todo género de expresiones, otras peculiares de aquellas, en que una ó mas palabras se toman en cierta acepcion secundaria que se llama *sentido figurado*; porque á este uso de las palabras en una significacion que no es la literal y primitiva, le han dado tambien los retóricos, aunque impropriamente, como ya noté, el título de *figura*.

CAPITULO PRIMERO.

REGLAS GENERALES PARA LA ELECCION DE LAS EXPRESIONES.

Para que una expresion sea completamente buena, ha de reunir todas estas cualidades. Ha de ser pura, correcta, propia, precisa, exacta, concisa, clara, natural, enérgica, decente, melódiosa ó grata al oido, y acomodada á la naturaleza de la idea que representa.

ARTÍCULO PRIMERO.

Pureza.

La pureza de las expresiones es *su conformidad con el uso, árbitro, legislador y norma del lenguaje, como le llama Horacio*.

Para asegurarnos de que una expresion es pura, debemos examinar cada palabra de por sí, y su combinacion, cuando hay varias; ó lo que es lo mismo, para que una expresion sea pura, es necesario que lo sean *los términos* de que conste, y la manera de combinarlos ó *su construccion*, y que en esta y en las acepciones de aquellos se huya de todo *neologismo*.

Pureza en los términos.

Examinada cada palabra de por sí, ó es actualmente usada,